527.4

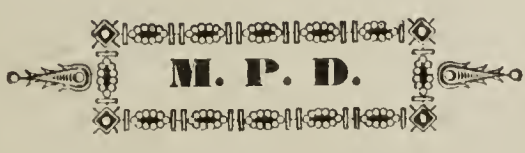
RETRATOS Y ORIGINALES.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representada con estraordinario aplauso por primera vez en Madrid, en el teatro de Variedades, la noche del 24 de Diciembre del año de 1856.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Enero 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA ELENA.	*D.ª Antonia Scapa.*
DOÑA ELEONORA. . . .	*D.ª Laura García.*
DOÑA MANUELA.	*D.ª Dolores Gomez.*
DON ANTONIO.	*D. Domingo Lopez.*
DON AGUSTIN.	*D. Antonio Lopez.*
DON ZACARÍAS.	*D. Antonio Cáceres.*
DON PEDRO.	*D. Juan Lopez.*
TORIBIO.	*Sr. Merino.*
UN CABALLERO.	*Sr. Franco.*
UNA MÁSCARA.	*Sr. Medina.*

Máscaras de ambos sexos, caballeros y señoras.

La accion pasa en Madrid, año de 185...

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

Sala de recibo en una casa de huéspedes: puerta al foro: varias laterales.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon dará un reloj de sobremesa las diez: poco despues sale DOÑA MANUELA *por el foro izquierda, y se dirige á una de las puertas de la derecha.*

Manuela. Don Zacarías! Don Zacarías! (*Llamando á la puerta.*)

Zacarias. (*Desde dentro.*) Qué se le ofrece á usted, doña Manuela?

Manuela. Venia á decirle á usted, que acaban de dar las diez.

Zacarias. (*Desde dentro.*) Bien: gracias.

Manuela. Como me dijo usted que le avisara...

Zacarias. (*Id.*) Sí, sí, salgo al momento.

Manuela. Válgame Dios, qué tragin! Ni por todo el oro de las Californias, se puede ser patrona de una casa de huéspedes. Vamos, esto es capaz de acabar con un santo de piedra. Y luego tan mal recompensadas como nos vemos. Desde que murió Fernando VII que va mi casa de capa caida. Qué tiempos aquellos! Y qué rey tan magnánimo! Se habrá vuelto á dormir don Zacarías? (*Llamando.*)

Zacarias. (*Dentro.*) Voy, señora. Eh, cuidado... (*Procurando abrir la puerta.*) si no quiere usted...

Manuela. Bien, bien, no entraré. (*Retirándose de la*

puerta.) Si todos fueran como este, y como doña Eleonora, tira que te vas. Pagan su quincena adelantada y siempre es algo; pero el tal don Antonio y su amigacho don Agustin, de todo se acuerdan menos de...

ESCENA II.

DOÑA MANUELA. DON ZACARÍAS, *saliendo.*

Zacarias. (*Con la levita, el chaleco y corbata en la mano.*)

Triste Chactas,
tu vida espusiste...

¡Hola! Buenos dias.

Manuela. Parece que nos levantamos de buen humor, eh?

Zacarias. Doña Manuela, hoy es dia de negocios.

Manuela. Sí?...

Zacarias. Tengo dos ó tres... al caer; de aquellos de gloria. (*Se viste.*)

Manuela. De modo que la agencia va prosperando?...

Zacarias. De cuatro meses á esta parte, llueven parroquianos, que es una bendicion. Pero mucho silencio reina por aquí; bien se conoce que duermen *Pilades* y *Orestes.*

Manuela. Buen par de calaveras! Al mes no duermen ocho dias en casa, y luego, cuando vienen á pedirme el almuerzo, entran diciendo: «Las tareas literarias nos han robado el placer de darle á usted las buenas noches; pero en cambio le damos los buenos dias.»

Zacarias. Já! já! já!

Manuela. Pero no se reirán mucho de la hija de mi madre. Por el pronto, he prohibido que se les sirva hoy el almuerzo. Y si dentro de tres dias no me pagan, los planto en mitad del arroyo.

Zacarias. Qué diablos! Ellos le pagarán en cuanto se realicen sus esperanzas...

Manuela. El que vive de esperanzas, corre peligro de morirse de hambre.

Zacarias. No se envanece usted de tener en su casa á dos jóvenes de talento?

Manuela. Bá, bá, bá; á mí lo que me conviene es dine-

ro, aunque mis huéspedes sean mas romos que Nabuco-donosor.

Zacarias. (*Mirando el reloj.*) Diablo! las diez y media, y me esperan á las once en la calle de Tudescos.

Manuela. Quiere usted el almuerzo?

Zacarias. Sí, pero antes tengo que decirle á usted dos palabras...

Manuela. Soy toda orejas.

Zacarias. Vendrá á buscarme una señora...

Manuela. Alguna camarera?

Zacarias. No; una señora de alto copete.

Manuela. Ah!

Zacarias. Y millonaria.

Manuela. Oh!!!!

Zacarias. Una condesa.

Manuela. Una conde... (*Don Zacarías le tapa la boca.*)

Zacarias. Chist... ha sido una chiripa.

Manuela. Sí, eh? Y se puede saber?...

Zacarias. Es un secreto... Si usted me promete guardarle...

Manuela. Ni San Ramon Nonnato fué mas callado que lo seré yo.

Zacarias. Oiga usted. Estaba antes de ayer en la Puerta del Sol, cuando se me acercó á mí un jóven cuyo aire de distincion y finos modales cuadraba muy mal con lo raido de su trage. Es usted don Zacarías Carranza? me preguntó. Servidor de usted, le dije. Entonces usted es el hombre que busco. Vengo á proponerle un negocio que puede triplicar el dinero que en él se emplee.

Manuela. Sería algun petardista...

Zacarias. Eso mismo me pensé. Pero presentándome un paquete, me dijo: «Una mujer, jóven y rica, ha contraido matrimonio con un conde hace una semana: usted es hombre que lo entiende, y, en sus manos, esto es una fortuna. Bástele á usted saber que yo soy un amante desesperado, y que esta noche parto para el Brasil; necesito tres mil reales; prométame usted no leer estas cartas, y por la cantidad insinuada le doy á usted este paquete y este retrato, para que usted haga de ambas cosas lo que mas le convenga.»

Manuela. Miren el tuno!

Zacarias. Fijé mis ojos en el retrato, y como conocia al original...

Manuela. Qué?

Zacarias. Le dí los tres mil reales, y me guardé ambas cosas. El negocio no podia ser mas ventajoso.

Manuela. Jesus qué enredos!

Zacarias. Pues yo lo veo claro. Le he escrito una carta á esa señora, en la cual le digo: «Tengo en mi poder el retrato y las cartas que usted le dió á... puntos suspensivos. Soy agente de negocios, vivo en tal parte, y la espero á usted de doce á una de la mañana.

Manuela. Ya voy comprendiendo...

Zacarias. Esto es una especulacion como otra cualquiera: en dándome ocho mil reales mas de lo que me cuestan, se las entrego y hemos concluido.

Manuela. Jesus, Jesus! y lo que sabe usted, don Zacarías.

Zacarias. Conque ahora, me sirve usted el almuerzo?

Manuela. Corriendo. (*Yéndose.*)

Zacarias. Ah! (*Vuelve doña Manuela.*) Si viniera antes que yo, suplíquela usted que tenga la bondad de esperarme.

Manuela. Está bien.

Zacarias. Sobre todo el secreto...

Manuela. Pierda usted cuidado. (*Suena la campanilla del cuarto de doña Eleonora.*) Toribio! (*Llamando.*) Toribio! (*Sale este.*) Veas lo que se le ofrece á doña Eleonora. (*Toribio entra en el cuarto de esta. Yéndose.*) (Qué ganas tengo de verle la cara á esa señorona.) (*Vase foro izquierda.*)

ESCENA III.

DON ZACARÍAS.

La vida del solteron es insoportable. Oh! como la suerte me proporcione media docena de negocios como los que tengo en cartera, me caso... Es decir, si encuentro una mujer rica, fresca y gorda. Sobre todo gorda: porque las flacas, en llegando á los cuarenta solo sirven... para espantar pájaros.

ESCENA IV.

DON ZACARÍAS. DOÑA ELEONORA *y* TORIBIO *puerta izquierda.*

Eleonora. Doméstico? sírveme el chocolate.
Toribio. Lo quiere usted con pan ó con buñuelos?
Eleonora. Jesus! qué prosáico es este hombre! Tráeme unos bizcochitos de lengua de vaca.
Toribio. Voy por ellos. (*Vase. Don Zacarías estará de espaldas.*)
Eleonora. Felices, don Zacarías.
Zacarias. (Esta vieja tendrá cada pelucon!...)
Eleonora. (Si no me decido, me quedo soltera toda la vida. Fuera vergüenza...) Don Zacarías, tengo que decirle á usted dos palabras.
Zacarias. Aunque sean doce, señora.
Eleonora. Usted es un hombre de bien.
Zacarias. Así lo dicen todos.
Eleonora. Por lo mismo quiero abrirle mi corazon, y pedirle á usted un consejo.
Zacarias. Un consejo?... (Dinero te cuesta.)
Eleonora. Ay! Don Zacarías!... Nosotras las jóvenes estamos perdidas sin un protector.
Zacarias. Ya lo creo!
Eleonora. De usted depende mi felicidad.
Zacarias. Ah!... (Si me querrá pedir dinero?)
Eleonora. Yo no soy lo que parezco.
Zacarias. Qué? (Será un hombre.)
Eleonora. El rapaz vendado me ha herido en mitad del corazon, y necesito un amigo que endulce la amargura de mi alma. En fin, un paño de lágrimas!
Zacarias. No la comprendo á usted, señora.
Eleonora. Seré esplícita: amo á un hombre que vive en este mismo cuarto.
Zacarias. (Seré yo?)
Eleonora. Un jóven arrebatador...
Zacarias. (Pues no soy yo.)
Eleonora. Un hombre que me ha robado el corazon, y en su lugar grabó con caractéres de fuego su imágen. Un ser que está aquí, (*Señalando el corazon.*) y estará mientras me quede un soplo de vida.
Zacarias. (Saquemos partido.) Señora, conozco por des-

gracia las amarguras del corazon, y la compadezco á usted.

Eleonora. Ah! usted tambien ha amado?

Zacarias. Con delirio (al dinero).

Eleonora. Me dá usted lástima.

Zacarias. (Y tú á mí.) Pero si á usted le parece podemos ir derechos al negocio, pues tengo prisa...

Eleonora. Prométame usted guardar el secreto.

Zacarias. Prometido.

Eleonora. El que me roba el sueño, el que embarga mi pensamiento, es... es el poeta que vive en aquel cuarto. (*Señalando el de la derecha.*)

Zacarias. Don Antonio!

Eleonora. Sí: y para probarle á usted el grado de amor que le tengo á ese jóven, bástele saber que me sé de memoria todas sus novelas.

Zacarias. Buena memoria tiene usted, señora.

Eleonora. Por él, bajo pretesto de un viaje, he abandonado la casa de mi hermano, en donde vivia.

Zacarias. De modo que mientras la creen á usted lejos de Madrid, usted...

Eleonora. Yo vivo en la corte, en la misma casa que mi Medoro. Oh! estos rasgos novelescos han sido siempre mi ideal... Ay, don Zacarías! si viera usted qué grato es para un alma enamorada oir la voz de su amado tormento, bañarse en la misma atmósfera!

Zacarias. (Demonio de vieja.)

Eleonora. Para ser verdaderamente feliz, no me falta mas que su retrato, que cometí el olvido imperdonable de dejármele bajo de la almohada el dia, el dia que salí de casa de mi hermano.

Zacarias. Don Antonio le habia dado á usted su retrato?

Eleonora. No, pero yo hice que un pintor conocido le retratase, y mediante la suma de dos mil reales, me vendió una copia.

Zacarias. (Por quince cuartos daria yo el original.) Y usted se lo dejó olvidado?

Eleonora. Sí, amigo mio. No me lo perdonaré nunca. Pero vamos al caso: dicen que en Inglaterra existen ciertas agencias, adonde acuden los solteros ó viudos en busca de su media naranja.

Zacarias. Efectivamente. Y cuando alguno se presenta

en aquellos establecimientos, los encargados le piden tres cosas: el retrato, la edad y el dote. Sabido esto, buscan en el libro si alguno pretende lo que el recien llegado ofrece; si lo hay, le enseñan un retrato, diciéndole: «Señora, ó caballero, el original de esta copia tiene lo que usted busca, y desea lo que usted tiene.»

Eleonora. Don Zacarías, yo soy muy inglesa. Hé aquí mi retrato; si usted logra que don Antonio me dé el dulce nombre de esposa, yo le prometo...

Zacarias. (*Interrumpiéndola.*) Dejando aparte el regalo, que no dudo será bueno, á cuánto asciende la dote?

Eleonora. Tengo cuatro casas en Madrid, y quince mil duros en metálico sonante.

Zacarias. (Esta mujer me conviene.) Y usted es sola?

Eleonora. Como si lo fuera, porque mi hermano ya tiene su parte.

Zacarias. Y la edad?

Eleonora. A la vista está.

Zacarias. (Cincuenta á lo menos.)

Eleonora. Es verdad que estoy algo ajadilla, porque aun no he cumplido los veinte y ocho.

Zacarias. Y si yo arreglo el negocio...

Eleonora. Cuente usted con veinte mil reales.

Zacarias. Veinte... Señora, estoy pronto á hacer todos los sacrificios imaginables...

ESCENA V.

DICHOS. TORIBIO, *que sale con un chocolate.*

Toribio. El chocolate.

Eleonora. Entrale en mi cuarto. (*Entra en el cuarto Toribio.*)

ESCENA VI.

DOÑA ELEONORA. DON ZACARÍAS.

Eleonora. No le diga usted que vivo en esta casa.

Zacarias. Bien, bien.

Eleonora. Si se decide á darme la mano, para que sea mas novelesca la entrevista, nos veremos en un baile de máscaras.

Zacarias. (Estará loca?)

Eleonora. Qué felicidad para mí, si usted logra que seamos la segunda edicion de los *Zagales sensibles*. No ha leido usted esa novela?

Zacarias. No señora.

Eleonora. Figúrese usted un sáuce melancólico, á cuya márgen se encuentran un pastor y una pastora que empiezan á mirarse con ojos lánguidos. El amor embarga sus sentidos, hasta el punto de olvidarse que han trascurrido tres dias, al cabo de los cuales otros pastores se los encuentran muertos de hambre al pié del árbol, y mirándose aun con amoroso cariño.

Zacarias. Diablos! La novela será magnífica, pero el desenlace...

Eleonora. Le dejo á usted... mucha prudencia.

Zacarias. Pierda usted cuidado. (*Vase doña Eleonora.*)

ESCENA VII.

DON ZACARÍAS.

Hé aquí dos retratos que por una chiripa pueden triplicar mi capital. (*Mirando los retratos, que habrá sacado en este momento, Toribio cruza la escena del cuarto de doña Eleonora al foro, al que le dice:*) Sírveme el almuerzo. En verdad que es algo delicada la comision... Don Antonio no querrá apechugar... Es tan vieja!... Quién sabe... La colosal fortuna de doña Eleonora es un aliciente poderoso. (*Sale Toribio, sirve el almuerzo en una de las mesas, y se retira. Don Zacarías se sienta y empieza á almorzar.*) Sin embargo, bueno será aprovechar la ocasion. (*Mirando al reloj de la consola.*) Las once y media. Diablos! cómo se pasa el tiempo. Almorcemos, que tiempo nos queda para combinar el plan de ataque.

ESCENA VIII.

DON ZACARÍAS, *almorzando.* DON ANTONIO *y* DON AGUSTIN *entran por la puerta del foro cogidos del brazo y marchando al son de la música de* Jugar con fuego, *que tocarán ellos mismos. El trage de estos dos personages ha de ser algo estropeado, pero con cierta elegancia. Los sombreros ladeados: entran marcando el paso: al llegar al proscenio se sueltan, y dando á un tiempo media vuelta á la derecha, se dirigen á su cuarto. Cuando llegan á la puerta es cuando oyen la voz de don Zacarías, y se abalanzan á él corriendo y le abrazan á un tiempo los dos, de modo que le obliguen á levantarse de la mesa en donde estará almorzando.*

Antonio.
Agustin. } Suene, suene la trompa guerrera.
Tá, tá, tá, tá, tá, tá, tá, tá, tá.
Si yo llego á librar el pellejo,
la niña y el viejo
me la han de pagar.

Zacarias. Bravo! viva el buen humor.

Antonio. (*Abalanzándose á don Zacarías.*) Señor don Zacarías de mi vida!

Agustin. (*Id.*) Señor don Zacarías de mi corazon!

Zacarias. (*Desprendiéndose de ellos.*) Basta, basta, señores!

Antonio. (*Con tono afectado.*) Agustin! el señor ha dicho que basta.

Zacarias. Já! já! já! Y en dónde se ha pasado la noche, calaveras?

Agustin. Tú tienes la palabra, Antonio.

Antonio. (*Sigue hablando en tono afectado.*) Hasta las tres en el café Suizo. Desde allí nos hemos zambullido en la buñolería de la Puerta del Sol, y cuando las burras de leche nos anunciaron la salida de Febo, dirigimos nuestros pasos á la Fuente Castellana, y aun estaríamos por entre aquellas arboledas, si la voz del estómago no nos hubiera recordado nuestro deber: es decir, el almuerzo. (*A don Agustin cambiando de*

tono.) Y á propósito del almuerzo, sabes lo que doña Manuela nos prepara para desayunarnos?
Agustin. Callos en salsa.
Antonio. Nuestra patrona es una señora muy arreglada; hace un mes que nos dá lo mismo. (*Llamando.*) Toribio! Toribio!

ESCENA IX.

DICHOS. TORIBIO, *foro izquierda.*

Toribio. Manden ustedes, señoritos.
Antonio. El almuerzo.
Toribio. No hay almuerzo. (*Don Antonio y don Agustin le miran asombrados.*)
Agustin. Cómo?
Antonio. Qué?
Toribio. Ha dicho la señora, que no les dé á ustedes de almorzar.
Antonio. Toribio, tú has encontrado esta mañana á alguno de la tierra, y habreis... (*Le indica si ha bebido.*)
Toribio. No lo he probado.
Antonio. No te creo.
Toribio. Quiere usted que le tire el aliento? (*Abriendo la boca y acercándose á don Antonio, el cual retrocede.*)
Antonio. Lo que tú debias tirar... es... de un carro. Dile á tu señora que quiero hablarla. (*Vase Toribio.*)

ESCENA X.

DON ZACARÍAS *continúa almorzando.* DON ANTONIO *y* DON AGUSTIN *cruzados de brazos y mirándose uno á otro.*

Zacarias. (Cuando mas desesperado se vea, mas pronto se casa. Bravo!)
Agustin. (*Se acerca á don Antonio y le dice en voz baja:*) Podíamos pedirle un par de duros á don Zacarías, porque me parece que no almorzamos.
Antonio. (*Tapándole la boca.*) Ten esa lengua!... Cuando el artista se mira rodeado de un círculo de fuego,

como los alacranes, cuando no le queda nada, entonces empieza á tener orgullo.

Agustin. (Y hambre, y desesperacion, y...)

Antonio. (Silencio!)

Zacarias. (Esto va bien: si la necesidad le aprieta, se casa hasta por un napoleon.)

Agustin. Pero tú te olvidas de los deberes que uno contrae con este estómago tirano?

Antonio. (*Alzando la voz y en tono trágico.*) Artista pusilánime, oye y consuélate! Homero vivió y murió en la mendicidad, y siempre cantando. Olivay espiró en un pajar. Camoens murió de hambre en mitad de una calle. Vethneis murió de miseria en un granero. El Tasso no tuvo dos cuartos con que comprar una vela para escribir por la noche. Esopo vivió en la esclavitud y murió despeñado en Delfos. Murillo recorria las calles de Sevilla descalzo. Lesage vivió de limosna. Corneill no tuvo el dia de su muerte ni una taza de caldo. Adanson no salia á la calle por no tener zapatos. A Moratin le obligó la miseria á emigrar á Francia. En fin, hasta el célebre Comellas se iba al Pardo á comer bellotas.

Agustin. Eso es cierto, pero no me consuela.

Antonio. No me interrumpas. Nuestros antepasados dejaron morir de hambre á Cervantes, y nosotros no hemos purgado bastante aquel crímen. Dios ha fijado un plazo, hasta que no se cumpla, no me dá la gana de que te quejes. He dicho. (*Cambiando de tono.*) Qué le parece á usted mi discurso, don Zacarías?

Zacarias. Que para ser artista se necesita tener un estómago de hierro. (*Sale doña Manuela.*)

ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA MANUELA.

Agustin. (Ahí está la Cancerbera!)

Zacarias. (Ardió Troya!)

Manuela. Aquí me tienen ustedes. (*Con descaro.*)

Agustin. (*Mirándola con ojos lánguidos.*) Señora, nos han participado una noticia desagradable, y nosotros no podemos dar crédito...

Manuela. (*Interrumpiéndole.*) Pues todo lo que les ha dicho es muy cierto, porque yo me canso de llevar la carga. (*Se sienta: don Antonio y don Agustin se miran, luego dán una esclamacion dolorosa, pero sin dejar el tono dramático-burlesco dicen:*)

Antonio. Oh, patrona inconsiderada! (*Se sienta.*)

Agustin. Oh, crueldad inaudita! (*Sentándose.*)

Manuela. No hay tu tia.

Antonio. (*Sacando un periódico y aproximándose á doña Manuela.*) Sabe usted leer?

Manuela. No señor.

Antonio. Lo siento, porque entonces sabria usted á quién le niega la cebada racional, ó como se dice vulgarmente, el cocido.

Manuela. Bá, bá, bá; con eso de periódicos comeremos.

Agustin. (*Dando un grito.*) Oh, ama de huéspedes gendarme!!

Manuela. Me parece que con seis meses que llevo á las costillas, á ocho reales diarios, no me falta razon.

Antonio. Oyes, Agustin? dice que no la falta razon!... Despues de haber pasado ciento ochenta dias bajo un mismo techo! De haber respirado el mismo ambiente por espacio de veinte y cuatro semanas!

Agustin. (*Imitando el tono de don Antonio.*) De habernos lavado en la misma cofaina! (*Se pasean con los brazos abiertos de un estremo á otro del teatro.*)

Antonio. Oh, ingratitud de las ingratitudes!

Zacarias. (*Procurando calmarles.*) Calma, amigos, calma!

Agustin. (*Continuando los paseos.*) Déjeme usted, don Zacarías; esto es cruel!

Zacarias. (*A doña Manuela.*) Pero qué dice usted, señora?

Manuela. Que no hay tu tia; ó me pagan antes de veinte y cuatro horas, ó les pongo de patitas en mitad del arroyo.

Antonio. Señora, voy á traducir á Prudon, y será usted pagada.

Agustin. Yo haré las viñetas, y le pagaré á usted.

Antonio, Sí, le pagaremos, y por lo tanto puede usted servirnos el almuerzo.

Manuela. Están verdes!

Antonio y *Agustin*. Eh!
Manuela. Que estoy sorda. (*Vase por el foro.*)

ESCENA XII.

DON ANTONIO *y* DON AGUSTIN *mirándose con los brazos cruzados*. DON ZACARÍAS *junto al foro*.

Zacarias. (Como esta ocasion ninguna... Yo me aventuro; si ahora no se casa, no se casa nunca.)
Antonio. (*Cogiendo á don Agustin del brazo, y diciéndole en tono trágico:*) Recobra tu alegría! he descubierto el camino de la felicidad.
Agustin. Será cierto?
Antonio. (Calla, tonto.) Vamos á tirarnos al Canal.
Agustin. (*Como decidido.*) Vamos. (*Se cogen del brazo. Don Zacarías se interpone.*)
Zacarias. Eh! alto!... Pues no faltaba mas.
Agustin. Déjenos usted.
Antonio. Plaza á la desesperacion!
Zacarias. No lo permito. (*Deteniéndolos.*)
Antonio. Pero... (*Se aproxima á don Agustin, y le dice al oido:*) Pídele ahora los dos duros. (*A don Zacarías.*) Déjenos usted, este mundo no es para nosotros, San Pedro nos espera.
Agustin. Palabra, don Zacarías. (*Le habla aparte y figura como que le pide dinero.*)
Antonio. Ayudémosle. (*Alzando la voz.*) Vamos, Agustin.
Zacarias. Ahora me es imposible, pero á la tarde...
Agustin. Será tarde.
Zacarias. (Esta es la ocasion para que se case.) Pero don Antonio, usted no tiene motivo para desesperarse.
Antonio. Tenga usted la lengua! (*Don Agustin se sienta. Don Zacarías coge á don Antonio, le conduce á un estremo del teatro, y le dice:*)
Zacarias. Si yo le dijera á usted: «Jóven, una mujer, inmensamente rica, medianamente jóven, y regularmente hermosa, está enamorada de usted,» qué diria usted?
Antonio. Que me acompañára.
Zacarias. A la iglesia, eh?

Antonio. Al Canal. (*El reloj de sobremesa dá las doce. Don Zacarías habla en voz baja con don Antonio.*)

Agustin. Confieso que mi estómago no es tan fuerte como el de Homero.

Antonio. Eso no puede ser.

Zacarias. Conque se decide usted?

Antonio. Sin ver la novia, no.

Zacarias. Las doce, y me están esperando. (*Se pone el sombrero: saca un retrato de los dos, el cual dará precipitadamente á don Antonio al salir.*) Mientras doy la vuelta piense usted bien que tiene su presunta cuatro casas y quince mil duros. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA XIII.

DON ANTONIO. DON AGUSTIN.

Antonio. (*Siguiéndole.*) Pero diga usted... (*Se pára y contempla el retrato.*) ¡Oh, es divina!

Agustin. Qué!... Un retrato?...

Antonio. (*Muy alegre.*) Y cuatro casas... y quince mil duros!

Agustin. Te has vuelto loco?

Antonio. Conque es decir, que me dán una fortuna para que me la coma al lado de este serafin? (*Por el retrato.*)

Agustin. La debilidad te ha trastornado.

Antonio. Ya somos ricos; yo pagaré tus deudas; saldrás pensionado por mi cuenta para Italia. (*Como fuera de sí de alegría.*) Y tendremos caballos... y...

Agustin. Pero hombre, por qué te formas esos castillos en el aire, si no tenemos una décima de real?

Antonio. Ven acá, ven, pusilánime. Ves este retrato?

Agustin. Y qué?

Antonio. Pues por él, antes de quince dias, tendremos letra abierta en el café Suizo, y en casa de Lardí.

Agustin. Bá, bá, bá.

Antonio. Escucha y tiembla, jóven. El original de esta copia es una mujer que me ha pedido en matrimonio.

Agustin. Já! já! já!

Antonio. No te rias de mi futura...

Agustin. Qué estás diciendo?

Antonio. Cuatro casas, quince mil duros!
Agustin. Cómo?
Antonio. Está loca por mí, y viene en alas del amor á ofrecerme sus talegas.
Agustin. Será cierto?
Antonio. Ciertísimo.
Agustin. A ver el retrato?
Antonio. Mira, y admírate.
Agustin. Es divina!
Antonio. Encantadora!...
Agustin. Antonio!... viendo esos cabellos rubios, una sospecha negra cruza por mi cerebro.
Antonio. Una sospecha? y cuál?
Agustin. Yo soy pintor, y conozco el modo de espresar los vicios y las pasiones. No observas en esos ojos una mirada maternal?
Antonio. Será madre?
Agustin. Eso está en la naturaleza de las mujeres.
Antonio. Tendrá un cachorro y me lo querrán endosar á mí?
Agustin. Ay, Antonio!
Antonio. Eh?
Agustin. Ves esta arruga imperceptible? Esta es la del remordimiento.
Antonio. Sabes que ahora que la miro con detencion, me parece que esta mujer tiene, así, una mezcla de ángel y demonio?
Agustin. Yo creo que esta mujer tiene algo oculto.
Antonio. Opino lo mismo; debe tener alguna cosa oculta que nosotros no podemos ver...
Agustin. Reflexionemos.
Antonio. Sí, reflexionemos.
Agustin. Ah!
Antonio. Eh!
Agustin. Se me ocurre una idea.
Antonio. Cuál?
Agustin. Antes que te cases...
Antonio. Guardemos el retrato, pues ahora recuerdo aquello de, rica, hermosa y con dinero, y á tí, pobre, te la dán... (*Se cogen del brazo y pasean tarareando la música del tango, hasta el centro del teatro.*)

Antonio y *Agustin*. Taran... tan... tan... taran... tan... tan...

Antonio. Sí, amigo, Agustin, es preciso indagar del pié que cojea mi rica pretendiente. Pero, qué ojos, (*Mirando el retrato.*) qué boca! Sabes que me voy enamorando de este retrato?

Agustin. Amor... amor!... (*Con un grito.*) Salchichon!... eso es lo que necesitamos.

Antonio. Escucha, Agustin; hace dos dias entregué á mi editor, mi última novela: vé á verle y pídele dinero en mi nombre.

Agustin. Y si se niega á dármelo?

Antonio. Entonces, te vas al Cosmorama, y empeñas tu levita, por doce reales.

Agustin. Y vuelvo en mangas de camisa?

Antonio. Llévate la mia, yo me pondré el saco de verano.

Agustin. Pero hombre!

Antonio. Obedece y calla.

Agustin. Hasta luego. (*Se quita la levita, Agustin la coloca debajo del brazo, y vase.*)

Antonio. Dios te inspire, artista desgraciado! Pobre chico! me dá lástima; si no le protejo, moriria entre tinieblas. Diablo! pues tengo frio!... Vamos á buscar mi saco de verano. (*Entra en una de las puertas de la derecha.*)

ESCENA XIV.

DOÑA ELEONORA. *Luego* TORIBIO.

(*Doña Eleonora se dirige á la puerta por donde ha entrado don Antonio, y mirando por la cerradura esclama:*)

Eleonora. Me está besando!... Me aprieta contra su corazon! Oh! llegó el momento de hacer algo por ese jóven desgraciado. Toribio! (*Llamando: sale éste y le dice:*) Sabrás guardar un secreto en el fondo de tu corazon?

Toribio. Soy una piedra berroqueña.

Eleonora. Pues sígueme. (Estoy decidida.)

Toribio. (Demonio de vieja!) (*Entran en el cuarto de doña Eleonora.*)

ESCENA XV.

DOÑA ELENA *y* DOÑA MANUELA, *por el foro derecha.*

Manuela. Por aquí, señora.
Elena. Si no está en casa, volveré, porque no puedo detenerme mucho.
Manuela. (Una mentirilla para que no se vaya no vendrá mal.) Tenga usted la bondad de tomar asiento; don Zacarías está en su cuarto, y voy á darle aviso de la llegada de usted.
Elena. No se detenga usted. (*Sentándose.*)
Manuela. (Vaya si es guapa!) (*Procurando hacer tiempo.*)
Elena. Lo ha oido usted, señora?
Manuela. Qué?
Elena. Tengo prisa, y si usted quiere avisarle...
Manuela. Ah! sí: voy al momento... (Parece imposible! tan hermosa y... ay! á qué tiempos hemos llegado.)
Elena. (*Impaciente.*) Pero no va usted, señora?
Manuela. Voy. (Pues yo he de saberlo todo.) (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DOÑA ELENA.

Quién será este don Zacarías Carranza? Pero lo que mas me admira es la conducta de Eduardo: él, tan caballero, tan bueno, depositar las pruebas de nuestro amor en manos de un agente de negocios... Oh, eso es imposible!... El no puede haber cometido una accion tan villana... El me juró por lo mas sagrado, por la memoria de su madre, que se marchaba á Crimea, y que no nos volveríamos á ver mas. Sí, sí, de todos modos es preciso que ese retrato y esas cartas vuelvan á mi poder. No tengo de que avergonzarme á los ojos de mi marido; pero estas cartas, dictadas por la imprudencia de mis pocos años, podrian robarme la tranquilidad, la confianza que mi esposo ha depositado en mi corazon... á todo trance debo evitar la menor sospecha.

ESCENA XVII.

DOÑA ELENA. DON ANTONIO.

Antonio. Hé aquí haciéndose una visita de confianza Diciembre y Julio; pantalon de paten y saco de... (*Repara en doña Elena.*)
Elena. Ah! (*Viéndole.*)
Antonio. Eh!
Elena. Caballero...
Antonio. Señor... (es la misma!)
Elena. (Será este el prestamista... la facha...)
Antonio. (Cerciorémonos.) (*Saca el retrato y lo comprueba con la cara de doña Elena.*)
Elena. (Tiene mi retrato! él es.)
Antonio. (Sí, no cabe duda, es el original de esta copia.)
Elena. Una pregunta, caballero; por ventura eso que está usted mirando, es mi retrato?
Antonio. Así parece al menos.
Elena. Pues entonces puede usted ahorrarme el trabajo de...
Antonio. De qué, señora?
Elena. Acabemos; usted ya sabe lo que quiero, pues harto enterado está de que vengo en su busca.
Antonio. (Me viene á buscar! malo! no me conviene.)
Elena. Solo espero de la honradez de usted, que no forme un juicio desfavorable al ver que doy este paso...
Antonio. Yo, señora?... (qué diablos es esto!...)
Elena. Conque así, si á usted le parece, podemos empezar las condiciones ahora mismo, pues tengo prisa.
Antonio. Como usted guste... (Si querrá que nos casemos hoy?)
Elena. Prométame usted antes que quedará este negocio entre los dos.
Antonio. Puede usted dudar? (Quiere casarse de secreto: mejor!)
Elena. Usted tiene una cosa que yo necesito, vengo por ella.
Antonio. (Esta mujer es capaz de cogerme y llevarme á su casa! Pues no es fea.)
Elena. Calla usted, caballero?
Antonio. Estoy escuchándola á usted. (Y es bonita.)

Elena. Pero yo, ya he concluido.
Antonio. Ah! sí? (Pues señor, apechugo y me caso.)
Elena. Usted está en babia, caballero, pues olvida lo que arriesgo viniendo á esta casa.
Antonio. (Mucho se hace la virtuosa; ya no me caso.)
Elena. Calla? esto es insufrible! Estamos perdiendo un tiempo precioso. (*Demostrando la impaciencia.*)
Antonio. (Y se impacienta, y tiene priesa!) Señora, yo... (*En este momento doña Eleonora cruza la escena, viniendo del foro en direccion á su cuarto, sin reparar en los que están en escena hasta que lo indique su papel.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. DOÑA ELEONORA.

Eleonora. (*Repara en ellos.*) Una mujer! será mi rival! (*Cubriéndose el rostro con el velo del gorro ó la mantilla.*)
Elena. (*Reparando en doña Eleonora.*) Oh! (*Cubriéndose el rostro con el velo.*)
Antonio. (*Viendo á doña Eleonora.*) (Otra!)
Eleonora. (Quién será esta intrusa?...)
Elena. (Me habrá conocido?)
Antonio. (Entre las dos hay algo.)
Pedro. (*Desde fuera de la escena.*) Bien, bien, yo mismo entraré.

ESCENA XIX.

DICHOS. DON PEDRO, *entrando.*

Pedro. Buenos dias!
Elena y *Eleonora.* Ay! (*Refugiándose en don Antonio.*)
Pedro. (*Contemplando á don Antonio.*) (Sí, él es.)
Elena. (Mi esposo aquí!) (*Asustada.*)
Eleonora. (Mi hermano!)
Pedro. (Ahora no se me escapa.)
Elena, *Eleonora* y *Pedro.* (*A un tiempo.*) Caballero...
Antonio. (*Colocándose en medio del teatro, mete las manos en los bolsillos del saco, y tomando una posicion conveniente, dice:*) Soy todo orejas!

Pedro. Quién serán estas ninfas tapadas?)

Antonio. Se han quedado mudos? Ah! (*Ellas le indican por señas que calle.*) comprendo! Caballero, si usted me permite, estas señoras... (Haber si así se marcha.)

Pedro. (*Sentándose.*) Acabe usted pronto, porque tengo prisa.

Antonio. (Y se sienta!) Caballero, qué ha dicho usted?

Pedro (*Levantándose y dando un puñetazo en la mesa.*) Que tengo prisa!

Elena y *Eleonora.* (*Retrocediendo.*) Ay!

Antonio. Pues yo tengo tan poca gana de darle á usted gusto, como prisa de arrojarle por el balcon y... (*Abalanzándose á él, doña Eleonora le abraza para detenerle.*)

Eleonora. Por Dios, jóven!...

Elena. Qué compromiso!

Antonio. No se asusten ustedes, señoras: todo es una broma: já! já! já! Este caballero es muy amable, y estoy seguro que al menos por ustedes, tendrá un poco de paciencia. No es verdad, amigo mio?

Pedro. Me es igual. (*Sentándose.*) (Como no despachen pronto estas madamas, estallo como una bomba.)

Antonio. Señoras... (*Colocándose en medio de las dos, de modo que sea natural contestar á las preguntas que le dirigen.*)

Elena. Tenga usted prudencia, caballero. (Es preciso salir de esta casa.)

Eleonora. De usted depende mi felicidad.

Antonio. Oh! pues entonces...

Elena. (Pero y las cartas? Ea, valor!) Esta noche le espero á usted.

Antonio. Sí?

Eleonora. Nos veremos esta noche, jóven.

Antonio. Qué?

Elena. Salon de Capellanes... en el ambigú, dominó negro.

Antonio. Ah! ya, ya. (Y sin un cuarto!)

Eleonora. Dominó negro, ambigú de Capellanes.

Antonio. Iré. (Ah! yo sudo! Agustin no viene.)

Elena. No falte usted, y traiga usted el retrato.

Antonio. Bravo!

Eleonora. Le espero á usted, la seña mi retrato.

Antonio. Bravísimo! (*Se van las dos por el foro.*) Pero ahora que me acuerdo, señoras!... El diablo os lleve. (*Se pasea.*)

ESCENA XX.

DON PEDRO. DON ANTONIO.

Pedro. Ah! se fueron? Gracias á San Pedro!

Antonio. Gracias á San Pablo.

Pedro. Caballero.

Antonio. Señor mio. (*Parándose de pronto.*)

Pedro. No estoy para bromas.

Antonio. Ni yo para chanzas.

Pedro. Acabemos!

Antonio. Concluyamos! Quién es usted?

Pedro. Soy el conde de la Peña.

Antonio. Pues entonces, señor conde, puede usted tomar las de villa-diego, porque yo no tengo el gusto de conocerle.

Pedro. Hola, hola! se hace usted el desentendido! Pues yo juro por el *topo* que campea en el campo azul de mi escudo, que no saldré de esta casa sin que se me dé una satisfaccion.

Antonio. (Será preciso tomarlo á broma.) Señor conde, ahora subirá el portero, que es el que las suele dar por mí, cuando se me piden de ese modo.

Pedro. Usted es un seductor... y...

Antonio. Eso no pasa de ser una opinion de usted.

Pedro. Basta de bromas, señor mio! Yo vengo resuelto á saber el paradero de mi hermana.

Antonio. Entonces puede usted dirigirse á la redaccion del Diario de Avisos, y dando las señas...

Pedro. En vano emplea usted el fingimiento: tengo en mi mano el retrato del robador de mi hermana. Hélo aquí. (*Enseñándoselo.*)

Antonio. Otro retrato!

Pedro. Es de usted; espero que no me negará usted que este es su retrato.

Antonio. Nada de eso, es una gran verdad. Soy yo, yo mismo. Pero, señor, de dónde se ha sacado su hermanita de usted mi retrato?

Pedro. No lo sé, caballero; pero lo cierto es, que lo he encontrado bajo de su almohada: ella hace algunos dias que bajo el pretesto de ir á visitar á una tia que tenemos en Guadalajara, salió de mi casa, cuando una carta que recibo del citado pueblo, me dice que por allí no ha parecido; pregunto, indago, sospecho, y como usted es una persona bastante conocida en Madrid, descubro al fin el paradero del robador, y héme aquí!

Antonio. (Ah! don Zacarías! don Zacarías! No me has metido en mal lío: este me pide su hermana, las otras me citan cuando yo no tengo un cuarto! Tú me las pagarás!)

Pedro. Qué dice usted?

Antonio. (Es preciso desorientarle.) Caballero, yo no conozco á su hermana de usted, y ese retrato, lo único que puedo asegurarle es que yo no le he dado.

Pedro. Cómo!... se atreve usted á negar? (Probemos á buenas.) Oiga usted, jóven. El escándalo es el pecado menos perdonable. Usted ya sabe que mi hermana, á pesar de sus cincuenta y ocho... largos, quiere hacerse la pollita.

Antonio. (Hola! es una vieja; ya sé algo.)

Pedro. Dígame usted su paradero; yo la convenceré...

Antonio. Bárbaro de mí, que me creía que era su hermana la que me pide en matrimonio.

Pedro. Conque vamos, jóven, confiese usted su delito.

Antonio. Sí, sí, es lo mejor que se desengañe. Conque la hermana de usted tiene cincuenta y ocho años? Horror! yo ladron de viejas! Me promete usted guardarme el secreto?

Pedro. Lo prometo.

Antonio. Pues entonces, voy á darle á usted una prueba de que no soy yo el amante de su señora hermana.

Pedro. Cuál?

Antonio. Amo á una jóven, y voy á casarme con ella dentro de pocos dias.

Pedro. Eso no puede ser; usted quiere evadirse.

Antonio. Venga usted acá, este es el retrato, (*Enseñándoselo*.) que me ha regalado hoy.

Pedro. Basta, caballero!
Antonio. Le juro á usted por lo mas sagrado, que esta es mi futura esposa. (*Don Pedro mira el retrato, y dando un salto de asombro, esclama:*)
Pedro. Qué veo!!! déme usted ese retrato, caballero!
Antonio. Jamás! Es mi ángel, mi amor, mi gloria. (*Besando el retrato.*)
Pedro. (*Irritado.*) Basta, basta; eso no puede ser!
Antonio. Por qué, caballero, por qué?
Pedro. Porque el original de esa copia, hace dos meses que se ha casado conmigo.
Antonio. Con usted!
Pedro. Sí: conmigo.
Antonio. Entonces, es su mujer de usted.
Pedro. Sí, mi mujer.
Antonio. Ah! Don Zacarías!... Don Zacarías! (*Gritando.*)
Zacarias. (*Entrando.*) Aquí me tienen ustedes.

ESCENA XXI.

DICHOS. DON ZACARÍAS.

Antonio. (*Cogiéndole por el cuello.*) Muere, perro!
Zacarias. Favor! favor!
Pedro. Tome usted una tarjeta, á muerte. (*A don Antonio. Vase.*)
Zacarias. Socorro!
Antonio. Calla!
Antonio. Sí, muerte, destruccion.
Pedro. Le espero á usted en mi casa. Uf! (*Vase precipitadamente.*)
Antonio. Usted tiene la culpa; ese que ha salido se bate conmigo, yo con usted, usted con los que salgan, todos moriremos. Hasta la patrona!

ESCENA XXII.

DICHOS. DOÑA MANUELA.

Manuela. Qué escándalo es este!
Zacarias. A la guardia!
Manuela. Favor á la reina. (*A gritos.*)

ESCENA XXIII.

DICHOS. DON AGUSTIN.

Agustin. (*Entrando.*) Aleluya!
Antonio. Qué?
Agustin. El editor...
Antonio. Cuánto?
Agustin. Dos mil reales.
Antonio. (*Muy alegre y alzando las manos al cielo.*) Dos mil reales!!! Hossana! Señor! (*Don Agustin y don Antonio arrodillándose.*) Hossana!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Saloncillo del ambigú de Capellanes. Tres puertas en el fondo: la del centro tiene un rótulo que dice: «*Tocador de señoras:*» la de la derecha dá á la calle: la de la izquierda al salon del baile. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, UN CABALLERO, UN MÁSCARA, *sentados al rededor de una mesa concluyendo de cenar.*

Antonio. Amigos mios, es imposible.
Caballero. Tienes cita?
Máscara. Hay amores de por medio?
Antonio. Tal vez lo uno y lo otro; y hé aquí la razon por qué no puedo acompañaros al Teatro Real.
Caballero. No concibo el amor en Capellanes.
Máscara. Chico, empiezo á creer que has perdido el gusto.
Antonio. Todo lo que querais, pero es imposible.
Caballero. Sabes, Antonio, que sería chistoso que te enamoraras de alguna modistilla?
Máscara. Já, já, já; me daria gusto verte á su lado enebrándole agujas.
Antonio. Eso no dejaria de ser una ocupacion como otra cualquiera. (*Sale don Agustin foro derecha.*) Agustin! gracias á Dios!

ESCENA II.

DICHOS. DON AGUSTIN.

Caballero. Esperabas á tu amigo?
Máscara. Hombre, no sabes que son inseparables?

Caballero. En amor no hay amigos.
Máscara. Estos aman á medias.
Agustin. Salud, caballeros!
Antonio. Conque adios, chicos, tengo que hablar con este, y...
Caballero. Comprendido.
Máscara. Dios te dé suerte.
Antonio. Amen! (*Vanse el Caballero y la Máscara.*)

ESCENA III.

DON ANTONIO. DON AGUSTIN.

Antonio. Y don Zacarías?
Agustin. No he podido encontrarle, pero le he dejado una carta diciéndole que venga aquí.
Antonio. Es un compromiso formal; la imprudencia que cometí puede traer funestos resultados á la condesa, y mi honor, mi delicadeza exige que la salve.
Agustin. Y es muy justo; pero á quién diablo se le ocurre enseñar al marido el retrato de su mujer?
Antonio. Toda la culpa la tiene ese imbécil de don Zacarías. Oh! si no hubiera apelado á la fuga, le mato.
Agustin. Y qué hacemos? el trance es delicado.
Antonio. Qué sé yo; hace tres horas que me estrujo el cerebro para encontrar un recurso salvador, y nada: esta mal llamada cabeza es corcho, piedra en este instante.
Agustin. Y gracias á un rasgo humanitario del editor, hemos podido modificar un tanto nuestro trage y acudir á la doble cita.
Antonio. Dios se lo tome en cuenta.
Agustin. Y quién será la otra?
Antonio. Eso digo yo, quién será la otra?
Agustin. Se me ocurre una idea.
Antonio. Cuál?
Agustin. Marcharnos de Madrid.
Antonio. Esa idea es muy inconveniente; dejarla en las astas del toro, cuando solo yo tengo la culpa! jamás; y luego su esposo me ha desafiado; yo debo ser antes que todo, caballero.

Agustin. Es verdad! (*Aparece don Pedro foro derecha.*)
Antonio. Chist!... el marido! ven. (*Vanse foro izquierda.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO.

Mozo, mozo, una copa de ron... Su retrato, sus cartas amorosas en poder de un tal don Zacarías! parece increible... pero, Señor, engañar de ese modo á un esposo que la ama tanto! ella que parecia tan virtuosa, tan buena. Y la maldita ocurrencia de venir á Capellanes todos los de la casa de ese don Zacarías, que no conozco, me desespera. Oh! la enfermedad de su amiga Lola ha sido un pretesto. Ella está aquí, me lo dice el corazon. Es preciso mucha calma, mucho aplomo. Si no encuentro esta noche á mi esposa, mañana veré á ese hombre que tiene en su mano mi reputacion, y si es cierto, entonces no me queda otro recurso que separarme de ella y matar á su seductor. (*Queda pensativo.*)

ESCENA V.

DON PEDRO. DON ZACARÍAS, *foro derecha.*

Zacarias. Aquí es la cita, pero no le veo.
Pedro. Es preciso dar una vuelta por el salon.
Zacarias. Soy hombre de suerte, cometo una imprudencia trocando los retratos; y en vez de enojarse conmigo don Antonio, me propone una reconciliacion.
Pedro. Mozo, toma. Busquemos á ese don Zacarías. (*Vase.*)
Zacarias. Daré una vuelta, y si no los hallo, vuelvo al ambigú; este es el sitio mas á propósito para esperar cenando. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA ELEONORA. DOÑA MANUELA.

Eleonora. La hora no está lejos, ocupemos una mesa.

Manuela. Dígame usted, doña Eleonora, nos estaremos mucho en el baile?

Eleonora. Hasta que Febo nos anuncie el dia, que por cierto no está lejos.

Manuela. Pues entonces tengo que pedirla á usted un favor.

Eleonora. Esta noche lo concedo todo. Soy tan feliz...

Manuela. Me dejará usted echar un sueño en algun rincon? porque no puedo mas.

Eleonora. Usted no tiene corazon!

Manuela. Sí señora, en el costado izquierdo.

Eleonora. Dios mio, dormir en un baile de máscaras! mansion de las aventuras amorosas, paraiso con luz artificial, en donde nuestra hermosura redobla sus encantos, en donde el rapaz vendado dispara sus flechas mas certeras! vamos, estoy convencida que usted es todo prosa.

Manuela. Así será, pero yo no sirvo para estos casos.

Eleonora. Pero, desgraciada, olvida usted que tengo una cita?

Manuela. No señora, pero...

Eleonora. Vamos, para espantar el sueño bueno será que tome usted algo... Mozo! Así le serán las horas menos largas. (*Sale el mozo.*) Pida usted.

Manuela. Un besugo y una perdiz.

Eleonora. A mí una copa de Perfecto Amor, que es lo que mas me inspira. (*Hablan en voz baja. El mozo desaparece, sirviendo lo que piden al momento.*)

ESCENA VII.

DICHAS. DOÑA ELENA. JUANA.

Elena. Ay, Juana, no me atrevo á presentarme delante de mi esposo.

Juana. Cuando la conciencia no acusa, el temor está demás.

Elena. He sido una imprudente: la carta de don Zacarías está en poder del conde, nada ignora. Además ese hombre le ha enseñado mi retrato y le ha dicho que iba á casarse conmigo; sin saberlo ha destruido mi felicidad.

Juana. Quién sabe si eso es una mentirilla del señor; es tan celoso!

Elena. De cualquier modo, necesito hablarle.—Aquí debe venir, esperemos.

Eleonora. En todas partes sobran los importunos: hé ahí una pareja que será un inconveniente para que me declare su amor.

ESCENA VIII.

DICHOS. DON ANTONIO, *foro izquierda.*

Antonio. Ellas son! (*Desde el foro.*)

Elena. Por fin llegó.

Eleonora. El es!

Antonio. El diablo me lleve si sé á cuál de las dos me dirijo antes.

Elena. Dejemos que se acerque.

Eleonora. Apenas puedo contener los latidos de mi corazon.

Antonio. No se dán por entendidas.

Eleonora. Y está parado: como aquel dominó le mira con tanta tenacidad, tal vez no se atreva... máscara mas importuna!

Manuela. El besugo está bueno: pruébele usted, señora.

Eleonora. Calle usted.

Antonio. Lo mejor es sacar el retrato. (*Lo saca y baja al proscenio.*) Pero qué diablo! si las dos son tan iguales! Cómo acertar?

Eleonora. Yo me aventuro.

Elena. Esto es perder el tiempo. (*Se levantan las dos y se aproximan á don Antonio: este permanece inmóvil.*)

Antonio. Las dos se acercan!... No me vi jamás en igual trance.

Eleonora. Quién será esa máscara? (Envidiosa.)

Elena. Caballero!

Antonio. Señoras!

Elena. Procure usted quedarse solo. Soy la del retrato.

Antonio. Advierta usted que...

Eleonora. Mande usted á paseo á esa máscara: soy la del retrato.

Antonio. Señoras, en la imposibilidad de partirme en dos, me veo en el caso de decirles que, si bien es verdad que ustedes me honran con esta doble cita, yo no poseo mas que un retrato.

Eleonora. El mio!

Elena. El mio!

Antonio. Serán mellizas?

Elena. Déme usted su brazo, caballero.

Antonio. Tome usted.

Eleonora. Se apoderó del brazo!... Caballero! (*Cogiéndole el otro brazo.*)

Antonio. Casualmente quedaba desocupado. Tome usted.

Elena. Ha tomado usted esto por aventura de Carnaval?

Antonio. (Solo falta que se enfade...)

Eleonora. O repudia usted de su lado á la intrusa, ó no hay nada de lo dicho.

Antonio. Pero qué me habrá dicho esta mujer?

Eleonora. Es usted muy poco galante.

Elena. Es usted un mal caballero.

Antonio. Acabemos, señora; nuestra posicion es harto embarazosa, y si usted no se quita la careta, creo que no terminaremos nunca. (*Aparece don Pedro por el foro. Juana se aproxima á doña Elena y le dice al oido:*)

Juana. Señora, el señor...

Elena. (Ah!) Disimule usted, caballero.

Eleonora. (Mi hermano!) Prudencia, jóven.

Antonio. Otra vez este hombre!

ESCENA IX.

DICHOS. DON PEDRO.

Pedro. (Por fin le encuentro: hola! dos máscaras! Su estatura... su aire... tengamos serenidad.)

Elena. (Procure usted verme luego en el salon.)

Pedro. Hablan en voz baja; es ella...

Antonio. (Qué compromiso!) Bien, señora. (*Doña Elena cambia de tono como si le diera una broma.*)

Elena. (Es el único medio, finjamos.) En vano procuras ocultar lo que todo Madrid sabe. Oh! es una historia que tendrá un desenlace cómico.

Antonio. Qué historia, señora? (*Doña Elena se ríe. Doña Eleonora coge el brazo de don Antonio. El conde baja al proscenio.*)

Pedro. Buenas noches, señores.

Eleonora. Ay! jóven, defiéndame usted como si fuera ya propiedad suya.

Antonio. (Qué dice esta mujer!...) Señor conde, usted aquí?

Pedro. Sí, aun cuando le pese.

Juana. (Vamos, señora.)

Elena. (Sí, tienes razon.) (*A don Antonio.*) Soy un inconveniente; tu compañera y ese caballero están impacientes... desean quedarse solos, lo conozco, y por lo mismo os dejo. Adios. (Vamos, Juana.)

Juana. Se ha portado usted como una heroina. (*Vanse.*)

ESCENA X.

DOÑA ELEONORA. DON ANTONIO. DON PEDRO. DOÑA MANUELA.

Eleonora. Difiéndame usted.

Antonio. (Es la esposa... qué hacer?)

Pedro. Caballero, creo haberle dicho á usted...

Antonio. Nada, señor conde, nada absolutamente... (Qué aventura!...)

Manuela. Lástima que la perdiz esté un poco sosa.

Pedro. Pues en ese caso, debo pedirle perdon por haber interrumpido una escena tal vez de amor!...

Antonio. El señor conde puede suponer que no debo contestar á esa pregunta.

Eleonora. (Se van á batir, y por mí... Cielos!)

Pedro. Quién sabe, querido jóven: yo tengo derecho á preguntar, se entiende, si esta máscara me lo permite. Hola!... es muda?... me alegro; eso corroborará mas mi sospecha.

Manuela. Comiendo, estos tragos del mundo se pasan mejor.

Antonio. Le advierto á usted que estoy perdiendo el tiempo en oir una relacion, que es agena de todo punto á mi individuo.

Eleonora. Sacadme de aquí, caballero!...

Antonio. Vamos, señora. (*La coge del brazo y se dirige al foro: el conde les detiene.*)

Pedro. Un momento. Creo que no habrá usted olvidado la escena del retrato?

Antonio. (Qué le digo?...) Nada puedo responder á esa pregunta.

Eleonora. Oh! jóven y guardador de secretos! esa cualidad redobla mi amor.

Manuela. Lástima que se me acabe el apetito.

Pedro. Pues yo tengo derecho á exigir una contestacion, y le suplico á usted me deje solo con esta señora; quiero preguntarle por el original de aquella copia.

Antonio. La peticion de usted me estraña; abandonar mi pareja! imposible.

Eleonora. Mi honra está en las manos de usted.

Pedro. Pues en ese caso me veré precisado á arrancarle la careta.

Antonio. Caballero!

Manuela. Yo me guardo los restos en el bolsillo, todo se paga.

Pedro. Señor mio, esta máscara es una propiedad que me pertenece.

Antonio. Acabemos. (*Sale don Agustin.*) Deténle, es un editor mio.

Manuela. (*Guardándose la perdiz en el bolsillo.*) Me dejan! Corro tras ellos. (*Vase llevándose á doña Eleonora por el foro. El conde pretende seguirles. Don Agustin le abraza y le conduce al proscenio.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO. DON AGUSTIN.

Pedro. Déjeme usted.

Agustin. No por cierto.

Pedro. Caballero!

Agustin. Señor mio, Antonio ha dicho que nos entendamos.

Pedro. Nada tengo que decir á usted.

Agustin. Pues yo le prometo que la novela es una de aquellas obras que pasará á la posteridad.

Pedro. Qué está usted hablando?

Agustin. Duda usted? — Mozo, dos copas de ron; voy á referirle á usted el argumento.

Pedro. Vaya usted al diablo! han desaparecido!... Mal haya usted y la novela. (*Se dirige al foro.*)

ESCENA XII.

DICHOS. UN CABALLERO. MÁSCARAS. (*Don Pedro va á salir, y le detiene un corro de máscaras.*)

Caballero. Corro! corro!

Máscara. Hola, conde! vienes en busca de aventuras á Capellanes?

Caballero. Qué? te se ha perdido tu linda esposa?

Pedro. Tengo prisa, señores.

Agustin. Busquemos á Antonio. (*Vase.*)

Máscara. Por qué no traes á Elena contigo?

Caballero. Te has cansado de ella?

Máscara. Si solo hace un mes que se ha casado.

Caballero. Quince dias es lo suficiente para cansarse de una mujer propia.

Pedro. (Esto me faltaba.) No estoy para bromas, señores, me esperan.

Máscara. Tanto mejor!

Caballero. Nada me gusta tanto como hacer esperar. (*Música dentro.*)

Máscara. Tocan el wals; al salon.

Todos. Al salon, al salon!... (*Vanse los máscaras.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO.

Malditos sean! Es preciso buscar un trage, de este modo soy conocido; sí, sí, mi honor exige una reparacion, y la tendrá. (*Vase foro derecha.*)

ESCENA XIV.

DON ZACARÍAS. DON ANTONIO, *foro izquierda.*

Antonio. Por fin le atrapé á usted, judío imprudente, usurero infame...

Zacarias. Repare usted el sitio en que nos hallamos... Calma, calma.

Antonio. Usted ha comprometido á una señora honrada, y las consecuencias pueden ser fatales.

Zacarias. Fué una imprudencia, no pretendo negarlo: figúrese usted que yo tenia dos retratos, el de la que deseaba casarse con usted, y el de la condesa, y en la precipitacion le dí el uno por el otro.

Antonio. Conque es decir que esta no es la que me solicitó?...

Zacarias. No señor, que es esta. (*Le enseña un retrato.*)

Antonio. Una vieja!

Zacarias. No, una jamona.

Antonio. Entonces, quién es la que yo he dejado en el tocador de las señoras?

Zacarias. Probablemente una de las dos.

Antonio. Y yo que dije á su marido que me iba á casar con ella! Usted tiene la culpa de todo. Don Zacarías, como no salga bien de esta trapisonda, le corto á usted las orejas.

Zacarias. Se me ocurre una idea: troquemos los retratos, y convenza usted al marido que no ha visto el retrato de su mujer.

Antonio. Eso es imposible.

Zacarias. Luego se casa usted con la consabida propietaria, y ante esta prueba quién duda?

Antonio. Casarme con una vieja! Usted está reñido con su vida?

Zacarias. Es el único medio de salvar el honor de esa señora.

Antonio. Qué haré?... Ah! magnífica idea; el sacrificio es grande, pero no importa.

Zacarias. Se decide usted?

Antonio. Esa vieja que desea llamarse mi esposa, es por ventura hermana del conde de la Peña?

Zacarias. Solo sabré decirle á usted que la consabida tiene un hermano.

Antonio. Esa vieja debe tener con usted muchísima confianza...

Zacarias. Así, así.

Antonio. Entonces, dígame usted cómo, por qué se ha enamorado de mí y en dónde vive.

Zacarias. Guarde usted el secreto. Ella vive en la misma casa que nosotros.

Antonio. (No es la hermana del conde.)

Zacarias. Se enamoró de usted por sus obras, y como es un poco romántica, abandonando la casa de su hermano con pretesto de un viaje, vino á respirar el mismo ambiente que su Medoro. (*Movimiento de don Antonio.*) Son sus palabras.

Antonio. (Sí, es ella.) Diga usted, y no se dejó al fugarse un retrato debajo de su almohada?

Zacarias. Calle, tambien sabe usted eso?

Antonio. Conque es la misma? nos salvamos. Dice usted que esa mujer es rica? Y que desea casarse conmigo?

Zacarias. Mas que Creso; y en cuanto á lo del casamiento, rabia porque se efectúe.

Antonio. Tiene usted ahí su retrato?

Zacarias. Aquí está.

Antonio. Tome usted el de la condesa.

Zacarias. (Qué será esto?)

Antonio. Creo que esa prenda en manos de usted estará segura?

Zacarias. Segurísima.

Antonio. Ahora puede usted decirle á esa señora que acepto.

Zacarias. (Yo estoy absorto!)

Antonio. Dios me ayude en mi empresa.

Zacarias. Está en el salon. Corro á buscarla. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON ANTONIO.

No debo retroceder, es el único medio para salvar á esa señora; si la suerte me es contraria, tendré al menos la satisfaccion de haberlo intentado; por una imprudencia mia tal vez pierda su reposo, su felicidad; valor, vamos á buscarla. (*Se dirige al foro á tiempo que sale doña Elena.*)

ESCENA XVI.

DICHO. DOÑA ELENA. JUANA.

Elena. (Allí está; espérame aquí, y avisa si viene el conde.) Caballero, acabemos de una vez.

Antonio. No puede usted imaginarse lo que deseo devolverle la tranquilidad.

Elena. La tranquilidad! imposible, la imprudencia de usted ha alejado para siempre la calma de mi pecho.

Antonio. La reconvencion es justa, señora.

Elena. Fué una torpeza enseñarle mi retrato. Ciego por celos, entró en mi gabinete y halló la carta que usted me habia escrito.

Antonio. La carta?

Elena. La carta en la cual me decia usted, que cuando quisiera recoger el retrato y mi correspondencia amorosa, podia pasarme por su casa.

Antonio. Señora... yo no he tenido el honor de dirigirle escrito alguno.

Elena. Entonces... Usted no es don Zacarías?

Antonio. Don Zacarías! ahora lo comprendo todo; ese viejo es el que tiene la culpa, pero no tema usted, yo lo areglaré todo, usted volverá á recobrar el cariño de su esposo.

Elena. Pero esas cartas, ese retrato, quién lo tiene?

Antonio. Yo no le tengo, señora!

Elena. Que no le tiene usted! cuando lo he visto en su mano.

Antonio. El hombre que las tiene está en el salon.

Elena. Es preciso buscarle.

Antonio. Eso corre de mi cuenta; pero por desgracia, aun recobrando esas prendas, no se desvanecerán las sospechas de su esposo de usted.

Elena. Es decir, que no hay esperanza, que estoy destinada á pasar á los ojos del mundo por una mujer infame.

Antonio. En este momento no puedo decir á usted el cómo, pero tengo una completa seguridad de que saldremos bien de este compromiso.

Elena. No le comprendo á usted, y deseo que me esplique sin rodeos lo que se propone.

Antonio. Tenga usted confianza en mí. Su esposo no la recibirá en su casa sin que una satisfaccion que le convenza destruya sus sospechas, y esa satisfaccion prometo encontrarla por este retrato. (*Le enseña el de doña Eleonora.*)

Elena. Este retrato! es el de la hermana de mi esposo!

Antonio. Pues entonces nos hemos salvado!...

Elena. Mi cuñada está en Alcalá, y no comprendo...

Antonio. Está en Madrid. (*Aparece don Agustin.*)

Agustin. (El primero no incomodar al prójimo. Esperemos.) (*Se queda en el foro.*)

Elena. Dios mio, me confundo cada vez mas; pero sea lo que sea, deposito mi honor en sus manos.

Antonio. Procuraré hacerme digno de esa confianza, que me honra. Ahora espéreme usted en el tocador de señoras, allí iré á buscarla.

Elena. No me abandone usted.

Antonio. Me precio de caballero. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON ANTONIO. DON AGUSTIN.

Agustin. Gracias á Dios.

Antonio. Ay! Agustin de mi vida.

Agustin. Suspiras? Antonio!... me parece que la chica del retrato te...

Antonio. No, Agustin, la respeto como á mi hermana, y nada en el mundo me interesa tanto como su felicidad.

Agustin. Chico, de ayer á hoy has cambiado completate, apenas te conozco.

Antonio. Es preciso salvar á esa mujer.

Agustin. No deseo otra cosa; pero cómo?

Antonio. Confio en la suerte.

Agustin. Malo, malo, la suerte ha sido siempre la enemiga irreconciliable de los artistas.

Antonio. Tengo un recurso para que ahora no lo sea conmigo.

Agustin. Y se puede saber?

Antonio. Nada puedo decirte, ignoro adónde me conducirán las circunstancias y este retrato.

Agustin. Otro!... calle! es el de nuestra compañera de cuarto!...

Antonio. El mismo.

Agustin. Y tú crees que esta podrá?...

Antonio. El tiempo responderá por mí. Cuando veas venir á doña Eleonora y á don Zacarías, me dejas solo con ellos.

Agustin. Están en el Baile?

Antonio. Sí; pero no me pierdas de vista, puedo necesitarte de un momento á otro; tienes dinero?

Agustin. Catorce reales; te hace falta? (*Sacando algunas monedas.*)

Antonio. No; siéntate en aquella mesa, y pide algo; desde allí puedes verme, y á la menor insinuacion vienes á mi lado.

Agustin. Comprendo. (*Salen doña Eleonora, don Zacarías y doña Manuela.*)

Antonio. Ellos son! ojo avizor.

Agustin. Descuida. (*Don Agustin se sienta en la mesa y un mozo le sirve.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. DOÑA ELEONORA. DON ZACARÍAS. DOÑA MANUELA. (*Esta se sienta junto á una mesa, saca los restos de la cena y come.*)

Zacarias. Allí tenemos á nuestro hombre.

Eleonora. Debo estar colorada como una guinda.

Manuela. Jesus, no puedo mas. (*Se sienta.*)

Zacarias. Don Antonio, la señora es...

Antonio. (Valor!) Ah! señora, puede usted quitarse el antifaz.

Eleonora. El rubor... la emocion...

Manuela. (Aprovechemos el tiempo... comiendo.)

Zacarias. (Veinte mil reales! bravo!)

Antonio. Nada embellece tanto el rostro de una mujer, como esas tintas suaves que asoman á través de un delicado cutis, mostrándonos el rubor, hijo de un alma sensible.

Eleonora. Caballero!... (yo fallezco.)

Manuela. (Mas valdría que me pagára.)

Antonio. No se descubre usted? señora, cuando se tiene el retrato de la mujer que se ama... (qué sacrilegio!) sobre el corazon (en el bolsillo), no merezco ver ese hermoso original, bello ensueño de una imaginacion enamorada? (Horror!) Es usted muy cruel! (Sacrilegio!)

Eleonora. (Quién resiste á sus dulces frases? Ay! parece que me están pellizcando el corazon con unas pinzas...)

Zacarias. (Esto va viento en popa.)

Manuela. (Entre el amor y la perdiz, estoy por la perdiz.)

Antonio. (Maldita vieja.) Aun calla usted, señora, aun permanece usted con la careta puesta?

Eleonora. (No puedo mas...) Jóven, sus palabras de usted caen en mitad de mi corazon como las benéficas gotas del rocío sobre el cáliz de las flores: el murmurio de la ria, el canto de la alondra, el liviano soplo de la brisa, no tienen tanta armonía para mí como su acento, y mi jóven y sensible corazon se conmueve al oir su armoniosa voz, como las arpas aéreas al suave soplo de la brisa.

Antonio. Jesus! (A la carga!) Será verdad, señora, que he logrado conmover á usted? Oh! imposible! tanta ventura me volveria loco.

Eleonora. Jóven, si eso sucede, le prometo ir todos los dias á Leganés á hacerle una visita.

Antonio. (Dios me libre.) Pues si es verdad, por qué permanece usted de ese modo agraviando á Dios?

Eleonora. A Dios! no comprendo!...

Antonio. Sí; cuando un ángel (perdóneme Dios) viene á visitarnos, debe ir con el semblante descubierto para que la sociedad esclame: bendita seas! (bajo una losa).

Eleonora. Venciste, venciste. Ni Cleopatra podria resistir á esas dulces espresiones. Míreme usted, jóven. (*Se descubre.*)

Antonio. Señora (mayor), te amo! (te detesto). Aquí espero mi sentencia (de muerte.)

Eleonora. Ay! Ay! Doña Manuela, me flaquean las piernas.

Manuela. Aquí, mozo!

Zacarias. Demonio!

Antonio. Estoy esperando, señora... te amo!

Eleonora. Yo tambien... Oh rubor! tambien te amo... Oh! (*Se cubre el rostro con las manos.*)

Antonio. (Otro sacrificio!) Este beso sea el sello de nuestro amor. (*Le besa la mano.*)

ESCENA XIX.

DICHOS. DON PEDRO.

Pedro. No hay que moverse, señora.

Eleonora. Ah! (*Se pone la careta.*)

Antonio. (Maldito seas!...)

Pedro. Conozco que soy un importuno, pero en circunstancias como estas, un caballero no debe portarse de otra manera.

Zacarias. (Se aguará la boda!)

Manuela. (Quién será este?)

Antonio. (Audacia.) Y qué se le ofrece al señor conde?

Pedro. Poca cosa, arrancarle el antifaz á esa máscara.

Eleonora. (Dios mio! cuánta emocion!)

Antonio. Poco es; yo pensaba probarle al señor conde mañana que sus recelos eran infundados, pensaba presentarle tambien á mi futura esposa, y para ello habia solicitado la proteccion de una persona calumniada por la calenturienta imaginacion del señor conde; pero ya que con tanto empeño me persigue, y que de ningun modo puedo enojarme con él, voy á satisfacer su curiosidad. Señora, le suplico á usted que se descubra.

Eleonora. (Que es mi hermano, caballero!)

Antonio. (Lo sé, señora.)

Pedro. (Esto se enreda... malo, malo...)

Eleonora. (Lo desea usted?)

Antonio. (Lo deseo.)

Eleonora. (Obedezco á mi futuro esposo.) (*Se descubre.*)

Pedro. Mi hermana!... qué es esto?

Antonio. Y ahora, señor conde, no se avergüenza usted de haber ofendido á su esposa?

Pedro. Caballero! caballero! Cada vez nos enredamos mas, y juro por el topo que campea en mi escudo,

que es preciso que esto se aclare, que se me ilumine, ó...

Antonio. Mozo! Alumbra al señor conde.

Pedro. (No sé lo que me pasa...)

Antonio. Comprendo ese asombro; es tal vez por la carta de don Zacarías?

Pedro. Usted sabe?...

Antonio. Todo.

Pedro. Entonces, diga usted el modo de recobrar esas prendas.

Eleonora. (Yo estoy aturdida!)

Manuela. (Jesus qué enredos.)

Pedro. Se casarán?

Antonio. A don Zacarías, que está presente, le toca responder.

Pedro. Que está presente?

Antonio. (*A don Zacarías.*) Dígale usted que tiene las cartas; pero si se las dá usted, le mato.

Zacarias. Qué es esto?

Pedro. Caballero, en dónde está ese don Zacarías?

Antonio. El señor. (*Señalando á don Zacarías.*)

Pedro. Oh! por fin le hallé!

Zacarias. Vaya un compromiso. (*Hablando en voz baja.*)

Antonio. Agustin, acompaña á estas señoras á casa.

Eleonora. No viene usted?

Antonio. Al momento, señora; antes de poco tendré el gusto de verla. (Corramos en busca de la condesa.) (*Vase. Llama á la puerta del foro, que es la del tocador, y sale la condesa: un grupo de máscaras que sale por la izquierda les rodea.*)

Pedro. Las cartas.

Zacarias. Ahora me es imposible.

Agustin. Vamos, señoras. (*Las coge del brazo.*)

Manuela. Qué trapisonda!

Eleonora. Estoy en mi centro! una aventura. Ay, amor, y qué tarde has llamado á esta puerta! (*Señala al corazon. Vanse los tres por el foro de la derecha.*)

ESCENA XX.

DON PEDRO *y* DON ZACARÍAS, *disputando en el proscenio.* MÁSCARAS, CABALLEROS, DON ANTONIO, DOÑA ELENA *y* JUANA, *por el foro de la izquierda.*

Zacarias. Déjeme usted, caballero.
Pedro. Se equivoca usted; las cartas, las cartas.
Zacarias. Ahora es imposible.
Antonio. Sabeis una nueva? la vetusta hermana del conde se casa.
Varios. Já! já! já!
Antonio. Dadle la enhorabuena. Vamos, señora. (*Vase.*)
(*Los máscaras bajan al proscenio y rodean al conde.*)

ESCENA XXI.

DICHOS. MÁSCARAS. CABALLEROS.

Caballero 1.º Sea enhorabuena.
Otro. Que Dios le conceda al señor conde muchos sobrinos.
Todos. Já, já, já.
Zacarias. Yo me escapo. (*Vase.*)
Pedro. Basta de bromas: en dónde está ese hombre?
Todos. Viva, viva...
Pedro. Se me ha escabullido!... El diablo os lleve. (*Le rodean todos: procura evadirse. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

TORIBIO, *que aparece dormido en una silla, apoyando la cabeza sobre una mesa, encima de la cual habrá un cabo de bugía ardiendo. Al levantarse el telon se oyen fuertes campanillazos.*

Creo que llaman, si no me engaño!... já, já, y es de dia: (*Apaga la luz.*) he dormido seis horas! (*Llaman.*) Allá van! No tienen poca prisa. (*Abre.*)

ESCENA II.

DOÑA ELENA. JUANA. DON ANTONIO. TORIBIO.

Antonio. Imbecil! de qué te sirven los oidos?
Toribio. Los oidos de nada, las orejas de adorno.
Antonio. Quién ha venido?
Toribio. Nadie, señor.
Antonio. Vete.
Toribio. Vóime: quiénes serán estas madamas?... (*Vase.*)
Antonio. Y usted puede esperar en ese cuarto, que es el de doña Eleonora.
Juana. Con mucho gusto: (así echaré un sueño). (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA ELENA. DON ANTONIO.

Antonio. Tranquilícese usted, condesa.

Elena. Recuerde usted todo lo ocurrido, y comprenderá que es imposible estar tranquila.

Antonio. He tenido el honor de decirle á usted el medio mas seguro para salir de este compromiso.

Elena. Caballero, me es muy doloroso recurrir á una mentira.

Antonio. Es cierto, pero cuando una mentira inocente puede devolver la paz á dos esposos que se aman, Dios nos manda valernos de ella.

Elena. Aun suponiendo que mi hermana consienta, cree usted que mi esposo olvidará nunca esas cartas, ese retrato?... Oh! no, no, yo necesito recobrar esas prendas que mi imprudencia depositó un dia en manos de un mal caballero.

Antonio. Condesa, esas cartas deben ir á manos del conde.

Elena. Solo eso faltaba.

Antonio. No conoce usted que de lo contrario nunca se desvanecerian sus sospechas? qué se ganaba con quemar esas pruebas de amor? nada: si con arrebatarlas de las manos del hombre que las tiene quedase este asunto terminado, hace ocho horas que estarian en poder de usted; pero él sabe que existen, y si no las ve por sus mismos ojos, que se ha engañado... nada: nunca quedará convencido.

Elena. Caballero, mi esposo no debe leer esas cartas, á no ser que usted me esplique antes de qué medio espera valerse para que no vea lo que en ellas hay escrito.

Antonio. Ni lo sé yo mismo, señora; pero estamos perdiendo el tiempo, le suplico á usted que escriba á su esposo.

Elena. Si por ese medio puedo salvarme, dicte usted. (*Se sienta á escribir.*)

Antonio. «Señor conde de la Peña: por mi camarera Juana he sabido el saqueo verificado en mi gabinete. El que profana el santuario de una mujer, no merece

perdon; pero no soy rencorosa, todo lo olvido. Te espero en casa de tu hermana, adonde conocerás á su futuro esposo.

Elena. Está usted decidido á contraer ese enlace?

Antonio. Solo así puedo salvar á usted: escriba usted. Te aguardo: el dador te acompañará á esta. Tu esposa.»

Elena. El sacrificio es grande.

Antonio. Vale usted mucho mas, señora.

Elena. Acabé. (*Se levanta.*)

Antonio. Ahora, convenza usted á su cuñada; no será dificil. Dios no le ha concedido aquello de Salomon. (*Llaman.*)

Elena. Será ella?

Antonio. Sí.

Elena. Quiera Dios que algun dia pueda bendecirle á usted.

Antonio. Así lo espero; entre usted en su cuarto. Adios. (*Vase.*)

Elena. No sé por qué me inspira confianza este jóven. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA ELEONORA. DOÑA MANUELA. DON AGUSTIN.

Manuela. Casa mia, y cama mia!

Eleonora. El baile estaba encantador, delicioso.

Agustin. Voluptuoso.

Eleonora. Qué de emociones he esperimentado!

Manuela. Yo tambien; pero la mas fuerte de todas era un sueño que no podia conmigo.

Eleonora. Jesus! hija! si no se distrae usted en un baile, entonces...

Agustin. Eso va en gustos: doña Manuela está por la cama...

Manuela. Voy á buscarla. Ustedes me dispensarán. Buenos dias. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA ELEONORA. DON AGUSTIN.

Eleonora. Por dónde andará Antoñito?
Agustin. Como ocurrió aquella escena con su hermano de usted!...
Eleonora. Consecuencias fatales podria traernos aquella aventura!
Agustin. Nada de eso: Antonio la quiere á usted mucho, y no puede enojarse contra un hombre que tiene la misma sangre que usted.
Eleonora. Qué bellos sentimientos! cada instante le amo mas; pero tarda mucho!
Agustin. Calla! este es su sombrero.
Eleonora. Entonces, está aquí?
Agustin. Así lo creo. Antonio!...
Eleonora. Solo de oir su nombre se agita mi sensible corazon.

ESCENA VI.

DICHOS. DON ANTONIO.

Antonio. Es usted, señora?
Eleonora. Deseaba darle á usted los buenos dias, antes de retirarme.
Antonio. Agradezco esa atencion que me proporciona el placer de verla otra vez.
Agustin. (O se burla, ó está loco.)
Eleonora. (Qué galante!)
Antonio. Ah! dispense usted, me olvidaba decirle, que una señora la está esperando.
Eleonora. Quién podrá ser?
Antonio. Lo ignoro; permítame usted que la deje sola con ella.
Eleonora. Como usted guste.
Antonio. En llegando don Zacarías, le mandaremos á casa de su noble hermano, para que termine de una vez lo que tanto anhelo.
Eleonora. Y qué es ello, caballero?
Antonio. Qué puede interesar tanto á la felicidad de mi vida, si no el ser dueño de esa mano?

Eleonora. Ah! no debo contrariar esos nobles deseos.
Antonio. (Otro sacrificio.) Gracias. (*Le besa la mano.*) Vamos, Agustin. (*Vanse.*)
Eleonora. Hui! qué rico!... no hay otro como él.

ESCENA VII.

DOÑA ELEONORA *se dirige á su cuarto, á cuyo tiempo sale* DOÑA ELENA.

Eleonora. Elena, tú aquí?
Elena. Sí, hermana mia, yo, que vengo á reñirte porque me tienes muy enojada.
Eleonora. Me admira tanto tu enojo como el haber sabido mi permanencia en esta casa.
Elena. Pobre Eleonora, tu candidez es envidiable; todo Madrid sabe tu próximo casamiento con un jóven escritor.
Eleonora. Pues yo no he dicho nada.
Elena. A pesar de eso, ya ves como he venido á darte la enhorabuena, y á reñirte, pues tú tienes la culpa de lo que me sucede.
Eleonora. Yo!! (vamos, estoy siendo una heroina de novela.)
Elena. Ay, Eleonora! tú ya conoces el genio de tu hermano.
Eleonora. Sí, prosigue.
Elena. Me hallaba ayer en casa de una amiga, cuando entró un jóven llamado don Antonio de Rivera.
Eleonora. Ese es mi prometido.
Elena. Y al poco rato, nos participó su próximo enlace: calcula, pues, cuál sería mi sorpresa, al saber que eras tú la novia en cuestion. Supe por él mismo tu permanencia en esta casa, y entonces se me ocurrió la idea de venir á darte el parabien; llego aquí, el criado me anuncia que estabas en Capellanes, corro al baile, no te hallo, regreso á casa; cuando apenas entro en mi gabinete, Juana me dice que mi esposo, ciego por los celos, habia estado en casa de nuestra amiga Lola, y no encontrándome allí, regresó á la nuestra destruyendo cuanto se oponia á su paso. Conque ahora, hermana, es preciso que me ayudes á

desenojar á mi marido; está celoso, desesperado, y yo necesito tranquilizarle, convencerle. Sálvame, pues, hermana mia.

Eleonora. Vamos, no te aflijas, no merece la pena, haré cuanto desees.

Elena. Necesito una carta, en la que me dés una cita para Capellanes.

Eleonora. Como gustes.

Elena. Entremos en tu gabinete.

Eleonora. Soy tuya: (cuando una es feliz, debe desear la felicidad de todos.) (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

DON ANTONIO. DON AGUSTIN.

Antonio. La comedia ha empezado, es preciso continuarla.

Agustin. Sabes que esa señora obra con harta ligereza?

Antonio. Calla!

Agustin. Hombre, este no es mas que un parecer que yo confio á tu amistad.

Antonio. El imbécil de don Zacarías con su tardanza destruye mi plan: tienes la caja de colores dispuesta?

Agustin. Sí, qué quieres?

Antonio. Quiero que retrates á don Zacarías.

Agustin. Hombre, y no podriamos tomar á otro por tipo, porque...

Antonio. No.

Agustin. Es que á mí me se ha atragantado desde que no quiso darme los dos duros.

Antonio. Pronto llegará el dia que no necesites nada de nadie; pienso que se realicen tus ensueños, partirás á Italia pensionado.

Agustin. Por el gobierno, no lo espero.

Antonio. Por mí.

Agustin. Por tí? te chanceas.

Antonio. Prepara tus pinceles.

Agustin. Aquí están. (*Don Agustin coge un tablero y una caja de colores.*)

Antonio. Procura tener entretenido á don Zacarías.

Agustin. Pero podré saber...

Antonio. Los secretos que no me pertenecen no los confio á nadie; llaman, será él, sí, no puede ser otro. Agustin, no pierdas ni una mirada mia. (*Don Agustin empieza á dibujar, y don Antonio á su lado le mira.*)

ESCENA IX.

DICHOS. DON ZACARÍAS.

Zacarias. No he visto un conde mas pegajoso; por fin me veo libre de sus garras. Hola, señores! qué, no hay sueño?

Antonio. No falta, pero le han encargado un trabajo á Agustin, y no es cosa de perder esa ocasion, que tiene un resultado de quinientos reales.

Zacarias. Quinientos reales!... bueno, mucho me agrada que los jóvenes sepan ganarse la vida.

Antonio. Dejémosle trabajar, y hablemos.

Zacarias. Como usted guste.

Antonio. Dígame usted con franqueza, doña Eleonora, cómo se encuentra?...

Zacarias. Oh! tá, tá, tá, millonaria.

Antonio. Entonces, estoy resuelto á casarme; esta vida me cansa, me aburre.

Zacarias. Piensa usted como un santo, porque además de el dinero, el matrimonio tiene cierto atractivo... qué diablo! bastante ha corrido usted; ahora lo que le conviene es la tranquilidad. (Creo que tengo los veinte mil reales.)

Antonio. Tiene usted razon, me caso, sí, me caso mañana mismo, y creo que voy á ser feliz.

Zacarias. Sí señor!... Felicísimo!...

Antonio. Esa mujer no es muy vieja; ay! don Zacarías, á usted se lo debo todo; un abrazo. (*Le abraza, y procura sacarle las cartas que lleva en el bolsillo del pecho, pero no puede y le deja.*)

Zacarias. Usted me honra demasiado.

Antonio. (Aquí tiene las cartas.) Zacarías, tendrá usted inconveniente en ser el administrador general de mis rentas?

Zacarias. (Qué ganga!) No señor.

Antonio. Se entiende, cobrando su sueldo, porque yo le advierto á usted que no quiero ocuparme de nada; los números me aburren, y su honradez... (Cómo quitarle las cartas?)

Zacarias. (Soy hombre de suerte.)

Antonio. (Ah! buena idea!) Pues entonces, convenido, es usted mi administrador general.

Zacarias. Gracias, muchas gracias; y cuándo se efectúa el matrimonio?

Antonio. Cuando usted arregle los papeles; entiéndase con doña Eleonora, y cuanto mas pronto, mejor. Pero qué diablos haces? Vamos, estoy viendo que no ganas los veinte y cinco duros, y todo por qué? vea usted qué rareza, porque no quiere recurrir á un modelo. (*Don Antonio le hace señas como para que diga que sí á todo.*)

Agustin. Y quién busca un modelo á esta hora? daría la mitad de lo que me dan por este trabajo, si hallase uno.

Zacarias. Daría usted doce duros?

Antonio. Y por qué no?

Zacarias. Y qué clase de hombre se necesita?

Antonio. Cualquiera, con tal de que sea viejo, y quiera ponerse en mangas de camisa.

Zacarias. (Yo ganaría ese dinero.) Y es cosa de mucho rato?

Antonio. Solo el suficiente para delinear los contornos; figura ser un ciego que pide limosna.

Zacarias. Solo por verme retratado, si yo sirviera no tendria inconveniente...

Agustin. Usted, señor don Zacarías?

Antonio. Y de qué te admiras? no te he servido yo muchas veces?

Zacarias. Es claro, entre amigos...

Antonio. La palabra es palabra; tú necesitas un modelo, sin el cual la obra no puede terminarse. Don Zacarías se ofrece, manos á la obra, y partiros el dinero.

Zacarias. Tienes razon, Antoñito.

Agustin. Si usted se empeña...

Antonio. Fuera el gaban, y colócalo del modo que te convenga; nadie nos ha de ver. (*Don Zacarías se quita*

el gaban, que deja sobre una silla. Don Agustin le coloca de espaldas á la mesa de la derecha, en actitud de pedir limosna, y empieza á pintar.)

Agustin. Así, cierre usted un momento los ojos.

Zacarias. Estoy bien?

Agustin. No se mueva.

Antonio. Mientras pintas voy á escribirle una carta á mi madre participándola mi casamiento.

Zacarias. Bien pensado, así todos trabajamos. (*Don Antonio saca las cartas del bolsillo de la levita de don Zacarías, se sienta en la mesa, escribe, vuelve á arrollar un paquete, lo sella, quedándose con las cartas en el bolsillo, y coloca el paquete en el de la levita de don Zacarías.*)

Antonio. Es el único medio, de otro modo sería salvarla á medias. El pensamiento es feliz, estoy contento de mí mismo; ahora puede ver el señor conde cuando guste á su esposa; se ha salvado.

Zacarias. Cómo va eso?

Agustin. No va mal.

Zacarias. Si me dejára usted mirar aunque no fuera mas que con el rabito del ojo?

Agustin. Un poco de paciencia, estoy concluyendo la cabeza.

Zacarias. Este es un modo de ganar dinero que no fatiga: cuando digo que estos chicos están llamados á ser algo.

Antonio. Acabé. (*Coloca un paquete en el bolsillo de su levita y otro en la de don Zacarías.*)

Zacarias. Uf! diablo! como no he dormido y estoy en mangas de camisa, tengo frio.

Antonio. Si quiere usted ponerse la levita, creo que no tendrá Agustin ningun inconveniente.

Agustin. Ya concluyo.

Zacarias. No, no tenga usted prisa.

Antonio. (*Al fondo.*) Toribio! Toribio! (*Sale este.*)

Toribio. Mande usted, señorito?

Antonio. Volando, esta carta á su destino: toma (*Le dá dinero.*) y que venga contigo.

Toribio. Soy un rayo. (*Vase.*)

Antonio. El conde no vive lejos de aquí.

Agustin. Acabé.

Zacarias. Abro los ojos?

Agustin. Sí, y gracias.

Zacarias. A ver? magnífico, eso es lo que se llama ser todo un retratista.

Agustin. Gracias.

Antonio. Ahora, mi querido don Zacarías, voy á molestarle un momento.

Zacarias. Mande usted lo que guste.

Antonio. Como he dicho á usted en otra ocasion, los números me aburren, y me atrevo á suplicarle, puesto que nadie como usted sabe las rentas de mi futura, arregle en un instante el presupuesto de gastos que debo seguir.

Zacarias. Me alegro que sea usted previsor.

Antonio. Oh! si usted no defiende mis rentas, soy hombre perdido.

Zacarias. Sepamos: cuántos criados quiere usted para su servicio? (Qué ganga!)

Antonio. Lo dejo todo á su eleccion. Usted es amigo y hombre de conciencia, nada mas tengo que decirle.

Zacarias. Usted me honra demasiado: yo espero corresponder á esa confianza.

Antonio. Corra usted.

Zacarias. Voy. (No es hombre de números, bravo! tengo mucha suerte!) (*Vase.*)

ESCENA X.

DON ANTONIO. DON AGUSTIN.

Agustin. Si quisieras esplicarme lo que pasa aquí, te daria las gracias.

Antonio. La he salvado; es preciso tranquilizarla; el conde va á venir.

Agustin. Y qué?

Antonio. En cuanto llegue, ven á participarnos su arribo. Adios. (*Entra en el cuarto de doña Eleonora.*)

ESCENA XI.

DON AGUSTIN.

He retratado á don Zacarías, he servido de Rodrigon á doña Eleonora, estoy esperando á un conde, y no sé nada absolutamente; pero, Señor, es posible que siendo el primer amigo de Antonio, que estando enlazado con todo lo que nos sucede desde ayer, no sepa ni lo que se propone, ni adónde vamos? Lo que mas me admira es su repentino amor á esa vieja; le habrán cegado sus peluconas? imposible! él tan generoso... vamos, lo mejor es dejar rodar la bola, el tiempo dirá.

ESCENA XII.

DON AGUSTIN. DON PEDRO. TORIBIO.

Pedro. Dígale usted á la señora que estoy aquí.
Toribio. La señora está durmiendo.
Agustin. Calla, animal. (*Le dá un empellon.*)
Toribio. Ay!
Agustin. Caballero, voy á anunciarle la llegada de usted. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO.

Habré sido un imprudente?... pero no, ella ignora sin duda que he descubierto su secreto. Cuando mas deseo desentrañar esta situacion embarazosa, mas me embrollo, mas me confundo; de todos modos, en esta casa vive ese viejo, y no saldré sin arrancarle esas pruebas que dice tener en sus manos.

ESCENA XIV.

DON PEDRO. DOÑA ELENA. *Esta dice en el dintel del cuarto las primeras palabras.*

Elena. (Dice que tiene en su poder las cartas, que nada tema; será verdad? sí; valor.) Conde!

Pedro. Necesito una esplicacion, señora!

Elena. (Serenidad.) Já, já, es chistoso; eso mismo iba á pedirte yo.

Pedro. Usted, señora?

Elena. Qué mal tono! estais desconocido... si sigues haciendo esos gestos, acabareis por enojarme.

Pedro. Qué significa esta carta? pronto. (*Mostrándole la que escribió antes.*)

Elena. Calma, amigo mio, calma.

Pedro. Acabemos, ó de lo contrario...

Elena. Caballero, no olvide usted que la amenaza sienta mal en sus labios, y que yo no puedo consentirla.

Pedro. Aun se atreve á...

Elena. Despues que con sus necias figuraciones me ha ofendido, despues de haber dado márgen con sus ridículos celos á que los criados duden del honor de su esposa, se cree usted con el derecho de levantar la voz en una casa que no es la suya? Oh! nunca, señor conde, hubiera creido que tuviese usted tan poco talento y tan poca confianza en su esposa.

Pedro. Repare usted, señora, que yo...

Elena. Basta; no debia darle satisfaccion, pero me dá usted lástima. Lea esta carta, mientras yo voy á presentarle á mis protegidos. (*El conde coge la carta que le presenta doña Elena, la abre con asombro, y la lée.*)

Pedro. «Querida Elena, me caso, y deseo que intercedas con tu esposo en favor mio; te espero esta noche en el ambigú de Capellanes, allí conocerás á mi futuro; ven sin falta, te lo suplica tu hermana.—Eleonora.»—Oh! iluso, iluso, iluso! pobre Elena, y yo que la... Pero no señor, y esta carta de don Zacarías? Está visto, cada vez nos enredamos mas.

ESCENA XV.

DON PEDRO. DOÑA ELENA. DOÑA ELEONORA. DON ANTONIO. DON AGUSTIN.

Elena. Allí le tienes, pídele perdon por tu calaverada.

Eleonora. Querido Pedro!

Antonio. Señor conde!

Agustin. (No conozco á Antonio.)

Pedro. Señora, salió usted de menor edad, y aunque ha obrado mal engañando á su hermano, no le guardo rencor.

Eleonora. Gracias. Oh! ahora soy completamente feliz; y tú, Antonio?

Antonio. Yo tambien. (Estoy sudando.)

Elena. Y conmigo no quiere hacer las paces el señor conde?

Pedro. Señora!

Elena. Mia es la culpa, yo solo merezco castigo.

Pedro. Y esta carta, señora? (*Le enseña la de don Zacarías.*)

Elena. Esa carta es de un hombre que no conozco, y que sin duda se habrá equivocado.

Pedro. Y si yo hubiera visto el retrato de usted en manos de aquel jóven? (*Por don Antonio.*)

Elena. Cómo? qué es eso?

Eleonora. Dios mio!

Antonio. (*Adelantándose con mucha serenidad.*) Sería tambien una figuracion y nada mas. Don Zacarías era el encargado de entregarme el retrato de esta señora, (*Por doña Eleonora.*) y cometió la torpeza de trocarlos; pero pronto se remedió ese mal reclamando el que me pertenece: este! (*Saca el retrato de doña Eleonora y le enseña á todos.*)

Eleonora. (Ah! respiro.)

Pedro. Y en dónde se halla ese don Zacarías?

Eleonora. (Qué irá á hacer?)

Antonio. Aquí se puede probar la verdad de mis palabras. Don Zacarías! Don Zacarías! (*Llamando junto á la puerta de este.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DON ZACARÍAS.

Zacarias. Qué se ofrece? (El conde! Aquí ardió Troya...)

Pedro. (Yo veré si es inocente.) Señor mio, (*A don Zacarías.*) usted ha escrito esta carta á la señora con-

desa? (*Se la enseña. Don Zacarías permanece callado: mira á don Antonio, y este le indica con la cabeza que sí.*)
Zacarias. Sí señor.
Pedro. Mi esposa, que no tiene secretos para mí, y que nada le importa que esas cartas vengan á mis manos, me autoriza para que me las entregue usted. No es verdad, Elena?
Elena. (Qué compromiso!) (*Don Antonio le dice por señas que diga que sí.*)
Pedro. (Señora, piense usted que nos están oyendo.)
Elena. Puede usted entregárselas, caballero.
Zacarias. (Qué diablo de enredo es este?)
Antonio. (Nada tema usted.) (*A doña Elena.*)
Agustin. (No entiendo coma.)
Eleonora. (Otra aventura.)
Pedro. Qué espera usted?...
Zacarias. No sé si debo... además, á mí me han costado mi dinero, y...
Pedro. Acabemos!...
Zacarias. Conque usted querrá que yo... (*A la condesa.*)
Elena. Caballero, nada tengo que ver con esas cartas.
Zacarias. Pues entonces, aquí están. (*Se las entrega al conde.*)
Pedro. (*Coge las cartas precipitadamente, rompe un sobre y luego otro.*) Cartas de... mas adentro.
Zacarias. (Pobre señora!)
Pedro. Un poco mas adentro. Ah! (*Lée.*)
Antonio. (Queme usted estas cartas, son las que no debe leer el conde, señora.)
Elena. (Gracias!)
Pedro. (*Leyendo.*) «Señora, no tengo el honor de conocer á usted, pero me tomo la libertad de escribirla; soy un artista, necesito dinero, y me prometo engañar á un prestamista haciéndole creer que este paquete encierra la honra de usted. Yo parto para el Brasil; si algun dia llega á sus manos esta, ríase usted de mi ocurrencia y perdone mi atrevimiento.—Eduardo Vergara.»
Zacarias. Cómo! habré oido mal?
Pedro. No señor.
Antonio y *Agustin.* Já, já!

Elena. (Respiro!) (*Al conde con coquetería.*) Y ahora, qué merecia usted?
Pedro. Tu perdon, Elena.
Zacarias. Pero, y á mí quién me paga?
Antonio. El pintor del Brasil.
Elena. (Me he salvado.)
Eleonora. Y nosotros?
Pedro. Por mí, cuando ustedes gusten.
Agustin. (Pero te casas?)
Antonio. (Calla, tonto.)
Eleonora. Y cuándo tendrá efecto nuestro himeneo?
Antonio. Dentro de quince dias.
Eleonora. Oh dicha!
Antonio. (*A don Agustin.*) (Agustin, prepara tu maleta.)
Agustin. (Adónde vamos?)
Antonio. (A Francia.)
Zacarias. Tres mil reales de mi corazon!...
Pedro. Mucho te he ofendido.
Elena. Quién piensa en eso? tu amor y una sonrisa del público es todo lo que ambiciono. (*Cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid 23 de Octubre de 1856. = Conforme con el dictámen del señor Censor de turno don José Amador de los Rios, puede representarse la comedia en tres actos titulada *Retratos y Originales.* = Marfori.

3 0112 115865252